

EL ATENEO.

PRECIOS POR TRIMESTRE.

En la capital. . . . 10 rs.
Fuera de ella. . . . 12
Números sueltos. 1

REVISTA SEMANAL,

PUNTO DE SUSCRICION.

En esta ciudad, librería
de D. Alejandro Villatoro,
Comercio, 57.

ÓRGANO DE LAS CONFERENCIAS CIENTÍFICO-LITERARIAS.

DIRECTOR, D. ENRIQUE SOLÁS Y GRESPO.

REDACTORES Y COLABORADORES.

Sr. Marqués de Medina.
D. Felipe Morales de Setien.
Bartolomé Feliz.
Emilio Grondona.
Pedro Gallardo.
Matías Moreno.
Manuel Nieto.
Andrés M. Gamero.
Juan Emelina.
Eugenio Olavarria.

D. Eduardo Uzal.
Saturnino Milego.
Eduardo Serrano Altamira.
Gabriel Bueno.
Mariano Gallardo.
Francisco Alvarez Uceda.
Leopoldo Ascension.
Julio B. Infantes.
Atílano Bastos.
Luis Rodríguez Miguel.

D. Teodomiro Saavedra.
Juan Antonio Gallardo.
Miguel Pérez.
Francisco Martín Arriue.
Santiago Martín.
Eustasio Serres.
Emilio Pascual.
José Jiménez Pajáro.
Ricardo Antoñanzas.
Venancio Ruano.

AÑO I.

TOLEDO 28 DE MARZO DE 1878.

NÚM. 4.

CONFERENCIAS.

La del jueves anterior, tan concurrida como las pasadas, fué desempeñada por el Profesor de la Academia de Infantería D. Eugenio de Olavarria, versando su tema sobre literatura popular, y muy en particular sobre la de «Rumanía.»

Después de tomar asiento en la Tribuna, con las formalidades de costumbre, empezó su discurso pidiendo perdón al público que llenaba el salón, por el tiempo que iba á molestarle, obligado por excitaciones á que no se había podido negar; y antes de entrar de lleno en la materia de que pensaba ocuparse, dedicó algunas breves frases al examen de una cuestión que llamó de actualidad: las extrañas noticias que corrian por Toledo desde que se dieron las dos últimas conferencias en que tanto por uno como por otro orador se hirieron susceptibilidades más ó menos exageradas, pero siempre respetables. Achacó los falsos rumores que por todas partes pululaban á los enemigos de nuestra asociación; negó que en la Junta facultativa hubiera división ninguna y después de declararse partidario de la más amplia libertad en la Tribuna, terminó recomendando á los que le sucedieran en el uso de la palabra, la calma y mesura en la exposición de sus ideas, suficientes á llevar á buen puerto la nave al cuidado de todos encendida.

Y cumplido este, en su concepto, deber imprescindible, se dedicó por completo á desarrollar el tema que se proponía exponer: *Literatura popular en Rumanía.*

Se declaró conforme en un todo con la opinión de Herder, que llama á los cantos populares «archivo del pueblo, tesoro de su ciencia, de su religión, de su teogonía, de su cosmogonía; de la vida de sus padres, de los fastos de su historia; expresión de su corazón; imagen de su interior, en la alegría y la tristeza, cerca del lecho de la desposada, á orillas de la tumba,» y describió con verdaderos colores lo que eran «esas canciones que se oyen en las tinieblas de la noche, cantadas por una voz melodiosa, y que como una nota armónica del himno de la creación, se elevan en el aire confundidas con el trino de las aves y los perfumes de las flores silvestres; esos mil sonidos diferentes que salen dulces y melancólicos de lábios de la virgen aldeana, en forma de tiernos idílicos y baladas encantadoras ó brotan fuertes y poderosas del pecho del rudo campesino en forma de himnos guerreros y de recuerdos nacionales; y que encierran algo de vago, de misterioso como su mismo origen, que agolpa las lágrimas á nuestros ojos y el entusiasmo á nuestro corazón cuando suenan junto á nosotros poblando el éter de misteriosas armonías.»

Hizo notar todos estos caracteres de la poesía popular en general, en la particular de Rumanía, y probó que es el reflejo solamente de la nebulosa historia de este desgraciado país; historia—añadió—que es un verdadero martirologio; que nos muestra á ese pobre pueblo hollado por los bárbaros de ayer, saqueado por los bárbaros de hoy; sufriendo en el corto espacio de un siglo, de 1711 á 1812, trece invasiones consecutivas, y perdiendo

sucesivamente su independencia, su libertad, su territorio, el derecho de nombrar príncipes suyos; y que guarda aun en su corazón reminiscencias de la fantástica religión de sus abuelos los romanos, y en fin, que ha tenido durante los dolores de su vida príncipes, héroes y bandidos que daban por él su sangre; renegados que le vendían y enemigos que le tiranizaban.—

En apoyo de esta afirmación hizo un estudio crítico de las baladas populares de Rumanía, notando en las mitológicas los rasgos más salientes de la mitología greco-romana: como en ésta, en la leyenda *el sol y la luna* el sol aparece como un hermoso joven que recorre el cielo y la tierra en un carro de fuego arrastrado por nueve caballos; en la que se titula *el pavo real de las selvas* un joven con los atributos del dios Pan, roba en el bosque á las jóvenes que pasan por sus inmediaciones; cuando él anda, las ramas de los árboles se mueven agitadas por manos invisibles. En otras diversas baladas hay ninfas que hechizan las aguas de las fuentes en que moran, y bellas mujeres desnudas que se ocultan entre el follaje y no se dejan ver de día, porque temen ser absorbidas por el sol. En las baladas históricas reconoció en sus héroes diferentes personajes reales, que por sus grandes hechos han dejado una profunda e imborrable huella en los recuerdos del pueblo que los venera y los ama, y los hace hablar, obrar y sentir, como hablaba, obraba y sentía él mismo en la época que los dió á luz. Así, sus bardos celebran las hazañas de *Estéban el grande* que durante cuarenta años y con un ejército de 40.000 hombres, sostuvo cuarenta campañas contra los Turcos, Rusos, Húngaros, Polacos, Tártaros y Mongoles, y ganó cuarenta victorias; en memoria de las cuales edificó cuarenta Iglesias; las de *Bogdan*, su hijo, que para cicatrizar las heridas de su patria se declaró feudatario de la Puerta, las de *Groué Grozoban*, bravo moldavo que muere á manos de los Tártaros después de haber sido su terror durante mucho tiempo, y las de tantos otros adalides. También cantan la indestructible fortaleza del famoso boyardo *Constantino Bran-Kovano* que murió entre horribles tormentos después de ver decapitar á sus tres hijos, por resistirse á abandonar la fe de Cristo por la de Mahoma. Y cuando no tiene héroes probos y valientes, alaba á bandidos como *Boujor*, *Mihou*, *Codrean*, que saquean y matan á los Turcos y echan á los cuervos sus cabezas, pero que compasivos con los pobres cuando encuentran uno en su camino «ocul-

tan el hacha bajo el manto y se llenan la mano de oro para dársela al desgraciado.»

En los cantos que se refieren á sus preocupaciones, los rumanos revelan las de todos los pueblos en el primer período de su historia; creen en augurios y en presentimientos, y dotan á los animales que los rodean de discernimiento y palabra, haciéndolos auxiliares poderosos del hombre, defensores de la inocencia contra el crimen.

Hecha de este modo la exposición del tema objeto de la conferencia, terminóla su autor dando muestras de la poesía que tiene en sí el idioma rumano y sobre todo el lenguaje de las baladas, copiando algunos trozos de ellas y extractando ligeramente algunas como el *Monasterio de Argis* que hemos conseguido nos permita publicar en este mismo número, y dando gracias á su auditorio por la benevolencia con que había sido escuchado lo cual—dijo—prueba mi acierto en la elección del asunto de mi discurso, ya que no mi acierto en su desarrollo.

Esta es en conjunto y muy á la ligera la reseña de la conferencia que tan gratísimos recuerdos ha dejado entre nosotros, no solamente por la acertada elección del Sr. Olavarría, sino más aun, por la facilidad y valentía de la expresión con que dicho señor nos pintó esa poesía sentimental que se distingue con el nombre de popular.

Saludamos á nuestro querido compañero y le deseamos miles de triunfos, tan legítimamente adquiridos, como el alcanzado por su bello discurso, segun pudieron demostrárselo las manifestaciones de aprobación y entusiasmo durante su narración, como también el general y unánime aplauso que siguió al final de su más que literaria, poética disertación.

SECCION DE CIENCIAS.

ORIGEN DE LAS CIENCIAS EXACTAS.

Los que por fortuna ó por desgracia nuestra nos hemos dedicado al estudio de las ciencias exactas, no podemos resistir la influencia del hábito contraido de averiguar el por qué ó la razon de ser de todas las cosas; hasta el extremo de revelarnos contra nuestra venerada madre *la ciencia* para preguntarla á ella misma de dónde dimana su existencia.

Mas no creais, queridos lectores, que se trata del origen absoluto, que considerado á la luz de la filosofía, demasiado intensa para nuestra retina, nos produciría vértigos y alarmas peligrosas; no es en verdad fácil ni resuelto problema abarcar en el limitado campo de nuestra mirada, las inmutables y sapientísimas leyes

dispuestas por el Sublime Arquitecto para servir de causa original, objeto y fin de todas las ciencias. En más limitada esfera me propongo discurrir y en este pequeño estudio cuyas ideas fundamentales he de agradecer á Chateaubriand y Draper, quisiera bosquejaros á mi modo, el origen relativo ó sea el punto de partida entre los mortales, de los diversos conocimientos que poseemos; es decir, el origen de las modernas ciencias exactas.

Cuatrocientos años ántes de la era cristiana el soberbio imperio persa igualaba en extensión á la mitad de la Europa actual, confinando con el Mediterráneo, con el mar Negro, con el mar Egeo, con el de las Indias, el Cáspio y el mar Rojo. Seis de los mayores ríos del mundo, el Eufrates, el Tigris, el Indo, el Oxus, el Jaxartes, el Nilo, cada uno de los cuales tenía un curso de más de mil millas, surcaban su territorio. La riqueza de sus minerales no tenía límites y su suelo, á diversas alturas sobre el nivel del mar, era apto para todo género de cultivo. Había heredado además, el prestigio de los viejos imperios, asirio, babilonio, medo y caldeo, cuyos anales representan un período de veinte siglos, é imponían su yugo á los Egipcios, á la Siria, á los griegos del Asia, que sin violencia le aceptaban. Emporio de la grandeza y la soberbia, contenía millares de monumentos en Babilonia, la de los pensiles; en Persepolis, la de las salas de columnas y en Ecbatana, la fresca residencia de verano de los Monarcas persas: desde el Helesponto hasta el Indo, hallábanse situados en fin, los más suntuosos jardines que pudo soñar el lujo asiático.

Enfrente de este poderoso imperio, cuya historia está salpicada de fantásticas epopeyas, se distingue casi perceptible por su tamaño, el reino de Grecia en Europa. Su extensión apenas llegaba á la mitad de una satrapía persa y la parte más esencial de su territorio lo formaba el conocido archipiélago de las islas más deliciosas que hay en el globo.

Cuatro siglos ántes de Jesucristo comenzó la Grecia á despojarse de su antigua teología, y sus filósofos, historiadores y poetas, confundidos por la contemplación de los fenómenos que desplegaba la naturaleza ante su vista, y por el mutismo de las sibillas y los oráculos, hicieron vacilar y derrumbarse los inmortales dioses del Olimpo, las tradiciones aceptadas como verdades incontestables, las maravillas sobrenaturales, hechiceros, encantadores, gigantes, ogros, arpías, centauros y ciclopes, Zeus en fin, rodeado en la azulada esfera, de los dioses de menor categoría. Estas trasformaciones no pudieron verificarse sino á costa de mucho tiempo y de frecuentes contiendas, dado el carácter libre é independiente de los griegos, fielmente retratado en la historia de Atenas y de Esparta.

La Persia concedía poca importancia al reino de Grecia en Europa, pero apreciaba en cuanto valían las dotes militares de sus habitantes, confiando muchas veces el mando de sus ejércitos á generales griegos, y griegos eran tambien los mejores soldados mercenarios que en ellos existian.

Bien pronto el amor á la independencia por una parte, y la codicia de poseer los ricos tesoros que

vieron en la Persia por la otra, impulsó á los griegos hacia una lucha que había de durar muchos años, dando principio con la desgraciada expedición de Agesilao, Rey de Esparta. Sigue Filipo de Macedonia con los preparativos de una campaña formal contra la dinastía persa, que no realizó por haber sido asesinado, y le sucede en el proyecto su hijo Alejandro III el Magno. El año 334 ántes de nuestra era se dirige al Asia, pasa el Helesponto con un reducido ejército, vence al enemigo muy superior en número, y conquista las provincias del Asia menor. Acto seguido le abre las puertas de la Siria y la entrada en Damasco, la batalla librada contra Dario en los desfiladeros de Issus de la que refieren las crónicas horrible mortandad. Somete á su obediencia el Egipto y la isla de Chipre con los prolongados sitios de Bétis y Tiro; y después de su excursión á Judea en que fué detenido por la pompa desplegada por el gran Sacerdote Jaddo, que le fascinó hasta el punto de impulsarle á ofrecer un sacrificio en Jerusalén al soberano dispensador de las victorias; y después de su viaje al Templo de Júpiter en el desierto de Líbia, emprende con nuevo vigor las operaciones, internándose en la Mesopotamia; vence á Dario en Arbelá á orillas del Tigris, penetra en Persépolis y extiende el hijo de Júpiter Amnon su poderio hasta las márgenes del Ganges.

Las campañas de Alejandro, que definen con la mayor exactitud su grandeza y las condiciones de su carácter, nunca serán bien admiradas. El paso del Helesponto, el de Granico, el asalto de Gaza, la conquista de Egipto, los pasos del Eufrates y el Tigris, el reconocimiento nocturno que precedió á la memorable batalla de Arbelá y el movimiento oblicuo ejecutado en ésta—reproducido en Austerlitz muchos siglos después—son todas hazañas que eternizan la fama de aquel ilustre general; pero el hecho más trascendental de un Rey tan diversamente juzgado, fué la fundación de la gran ciudad de Occidente, Alejandría, que algunos años después había de recibir y conservar sus restos mortales, trasportados con gran pompa desde Babilonia.

El carácter emprendedor de los griegos, preparado por las revoluciones filosófico-morales que apuntamos al principio y estimulado por el grandioso panorama que ofrecía á sus ojos el fruto de las conquistas realizadas, no podía menos de producir resultados. La falange de guerreros, de hombres de ciencia y de artistas que acompañaban á Alejandro; su ayo Leonidas, su lugarteniente Ptolomeo y Aristóteles su maestro, habían tenido ocasión de admirar la naturaleza en sus más espléndentes manifestaciones. Las llanuras interminables de arena, las montañas cuyas cumbres se pierden entre las nubes, el desierto con su espejismo, los extraños y gigantescos animalés, los hombres de distintas razas y vistosos trajes, la sorpresa del flujo y reflujo del mar; los adelantos que encontraron en la astronomía, la aurora de la imprenta grabada en arcilla; el puente sobre el Helesponto, la perforación del istmo al pie del monte Athos; los jardines suspendidos de Babilonia, el acueducto, el lago y la maquinaria hidráulica; el maravilloso túnel labrado bajo el río; las

salas de Persépolis y el palacio de Ecbatana, cubierto por tejas de plata y cuyas vigas estaban forradas de oro, las nuevas religiones en fin, exaltaron la ardiente imaginación de los griegos para aconsejar á su jóven caudillo la fundacion de Alejandria, que es para nuestro objeto el hecho más culminante de las conquistas macedónicas, por ser esta época la más lejana á que podemos remontar el origen de los conocimientos exactos.

Alejandria está situada en una lengua de tierra que separa el lago Mareotis del Mediterráneo, sobre una superficie continua y monótona, entre el desierto del mar y el desierto de la Libia: nacida entre las arenas al golpe de la lanza de un héroe, cual Minerva al golpe de la suya hizo brotar el olivo florido del seno de la tierra, fué convertida por los arquitectos é ingenieros de la Grecia en la más hermosa ciudad del mundo, eternamente codiciada por todos. Encerraba 4.000 palacios, 4.000 baños, 400 teatros, 1.200 tiendas de legumbres y 1.000.000 de habitantes, si hemos de dar crédito á los pasajes de Estrabon, y al parte oficial de su conquista el año 640, comunicado por Amrú á su califa Omar.

Entre jardines cuajados de fuentes y obeliscos, en el centro de la ciudad, se ostentaba el mausoleo de Alejandro, cuyo féretro fué de oro puro y alabastro; y por la triste y conmovedora relacion de Eudoro, podemos recordar aun el sumuoso palacio de los Ptolomeos, el Timonio, el Hipódromo, la Necrópolis, los templos de Sérapis, Neptuno, César y Augusto; el Dicasterion, el faro de mármol blanco de 400 pies de altura, la columna de Pompeyo y los obeliscos de Cleopatra; no siendo menos notables sus canales y carreteras y otros mil monumentos posteriores, que no es nuestro propósito describir en los estrechos límites de un artículo.

Mas entre todos, el renombrado, el imperecedero, en medio de las turbulencias que acarreó la prematura muerte de Alejandro, á través de la serie de conquistas de que fué teatro su reino en los siglos que siguieron, es el Museo, el gran Museo de Alejandria. Recopilando todas las antiguas enseñanzas, acoge en su seno los descubrimientos científicos verificados hasta entonces; los sabios, los filósofos y los poetas de su época; los maestros de todas las escuelas y los discípulos de todos los países, hasta el número de 14.000 que asistían á las lecturas y conferencias gratuitas; y merced á tan venerado templo, la arrogante ciudad del Occidente, no sólo es la capital del Egipto, sino que se convierte en la metrópoli intelectual de la tierra, despojando á Atenas de la supremacía que legítimamente disfrutaba.

La creacion del Museo tenia por objeto conservar los conocimientos adquiridos, acrecentarlos y difundirlos; para conservarlos ordenó Ptolomeo Soter, su fundador, que se compraran todos los libros existentes, y se mantuviera un cuerpo de copistas encargados de reproducir correctamente las obras de que no quisieran desprenderse sus autores, á los cuales se entregaban además hermosas copias y una buena indemnización: de esta manera se adquirieron las de Sófocles, Eurípides y Esquilo: y si en vez de ser copiadas, se traducian, cual

la famosa version de los Setenta, entonces se pagaban por ellas sumas fabulosas.

Para acrecentar los conocimientos, se ofrecia asilo y residencia en el Museo á todos los filósofos, sabios y maestros del mundo, y se clasificaban en cuatro grupos: de bellas letras, matemáticas, astronomia y medicina. Se alimentaba su entendimiento, al par que guardaban sus obras para la posteridad, en la Biblioteca confiada al cuidado de Falereo, la más célebre de los tiempos antiguos, que llegó á contar 700.000 volúmenes distribuidos en dos edificios distintos: uno en Bruchion que contenía 400.000 y el resto en el templo de Sérapis. El primero fué presa de las llamas durante la conquista de la ciudad por Julio César, y la segunda alcanzó el mismo desgraciado fin por la órden brutal de Omár. Existian además en el Museo un jardín botánico y zoológico: un observatorio astronómico provisto de globos, esferas y numerosos aparatos, entre ellos el primer cronómetro y el primer termómetro, bien diferentes de los que hoy usamos: un laboratorio de química en que otro Ptolomeo buscaba en vano elelixir de la vida: y una sala de disecciones anatómicas que operaba no sólo con los cadáveres, sino con los vivos, es decir, con los condenados.

Por ultimo, para divulgar la ciencia, se instruia al pueblo en todos los ramos del saber, sirviéndose de lecturas y conferencias que eran escuchadas por millares de discípulos, segun ya hemos manifestado.

En aquel centro de eterna memoria sobresalieron sabios inmortales: Euclides, creador de la Geometría teórica: Apolonio escribió una obra sobre las secciones cónicas: Nicomaco redijo la Aritmética á sistema: Eratóstenes, inventor de la Astronomía y de la Geografía astronómica dedicó algunos libros á la geología y á las crónicas: Aristarco enseñó un método para averiguar la distancia de la tierra al sol y á la luna: Erasistrato y Herofilo inventaron la Anatomía y allí también recibieron su enseñanza los padres de la Iglesia Clemente, Origenes, Atanasio, Arnobo, Eusebio, Tímoteo y Pánfilo.

Entre los físicos y matemáticos de Alejandria debocitar á Arquimedes, aun cuando viviera accidentalmente en Sicilia: entre sus libros hay dos sobre la esfera y el cilindro, en los que demostraba que el volumen de la esfera es igual á los dos tercios de su circunferencia: tal importancia concedió al problema, que hizo grabar la figura sobre su tumba. Trató de la cuadratura del círculo, de los conoides y esferoides, y de la espiral que lleva su nombre; y si en la ciencia matemática careció de rival en Europa durante dos mil años en las físicas se venera su memoria ante los cimientos de la hidrostática y otros mil importantísimos problemas.

Allí se destaca la figura de Ptolomeo, cuyo tratado de la matemática celeste vivió mil quinientos años, hasta que fué reemplazado por los inmortales principios de Newton. Allí se inventó y perfeccionó la máquina de fuego, la primera máquina de vapor y los relojes de agua que median el tiempo gota á gota: allí se crearon y fomentaron las escuelas filosóficas de Aristóteles, Zenon y Platón y de allí, en fin, surgieron los funda-

mentos de las ciencias exactas, porque si bien los siglos que siguieron nos demuestran los errores y falsedades que encierran algunas de las antiguas teorías, ha quedado siempre perenne el método de observación, de experiencia y de profundo análisis para descubrir las leyes y secretos de la naturaleza que inventaron aquellos sabios y profundos filósofos.

Gloria, pues, á las conquistas macedónicas y al Museo de Alejandría, cuna de las ciencias físico-matemáticas.

Memoria imperecedera para los Egipcios, que en las ciencias, como en las artes, conquistaron un lugar que nunca habremos admirado bastante en los tiempos modernos.

E. GRONDONA.

Toledo 22 de Marzo de 1878.

SECCION LITERARIA.

LA POESIA Y LAS DEMAS BELLAS ARTES.⁽¹⁾

(Conclusion.)

Por eso ha dicho, muy felizmente, un grande escritor que «el alma del poeta es una lira con tres cuerdas: Dios, la naturaleza, la humanidad.»

No desconocemos, sin embargo, que la poesía se encuentra en desventaja, comparada con las bellas artes particulares, en lo que es campo propio de cada una de ellas. La pintura le aventaja en la descripción y en el encanto del conjunto, por la fijeza de sus líneas y la armónica combinación de sus colores. La escultura, por su exacta representación bajo las tres dimensiones, manifiesta también de un modo más completo lo orgánico y lo inorgánico de la naturaleza. La arquitectura le supera en el orden, proporción y simetría de las partes que geométricamente expresa. La música le es, á su vez, superior en el encanto del oido, en la pura armonía y melodía. Como arte plástico la poesía es inferior á la pintura, á la estatua y á la arquitectura; como arte conceptivo, dirigido al oido y la sensibilidad, lo es también á la música; pero como arte sintético, con su incomensurable energía y extensión, las aventaja y supera á todas. Reconocemos que las obras de la poesía como arte plástico no pueden competir con las obras de la pintura y de la estatua; reconocemos que los encantos que para el oido tiene la disposición musical de la palabra rítmica, no pueden competir con los de la música; pero no por esto dejará de ser menos cierto que la poesía, como *arte total*, es superior á todas ellas. No puede presentar, es verdad, un conjunto

de objetos que por yuxtaposición en el espacio produzcan una impresión simultánea; mas puede presentarlos sucesivamente con toda la riqueza de sus pormenores y consiguiendo que el alma perciba de un modo perfecto la unidad del cuadro.

Ya lo hemos dicho y volvemos á repetirlo: Dios, el hombre, el mundo físico, el intelectual y el moral, las leyes y armonías existentes entre todos los seres de la creación, los hechos realizados en la historia y los que la imaginación figura y combina, los sentimientos generales humanos, las glorias nacionales, el sagrado amor á la patria, los vínculos santos de la familia, la sublimidad de la religión, cuanto existió, existe ó suponemos que pueda existir, todo, todo pertenece al imperio de la poesía, cuyo campo no conoce límites: tales son las fuentes de inspiración del poeta, cuyos cánticos resuenan en todos los corazones.

Por esta razón, los pueblos han considerado siempre al poeta como instrumento de un poder sobrenatural que le dicta sus cantos (númen, musa); por eso decían los antiguos que el poeta nace (*poeta nascitur*). Y es que el poeta, el artista de la palabra, en los momentos en que el entusiasmo le arrebata, todo lo penetra de una mirada, y, como por encanto, halla existente la obra en su imaginación. Es que el poeta encuentra siempre una fuente inagotable de dulces sentimientos y elevados conceptos, cuando quiera que siente en su alma el fuego divino de la inspiración, de ese estado del alma en que, á consecuencia de una impresión muy viva de la belleza, se encuentra en toda la plenitud y actividad de sus facultades.

La poesía así considerada tiene un campo tan extenso como el de la ciencia. La ciencia aspira á la verdad; la poesía á lo bello. Verdad y belleza que se hallan en todas partes: dentro de nosotros y fuera de nosotros; en la alegría y en las lágrimas; en la vida y en la muerte; en la virtud y en las pasiones; en las maravillas del mundo y en la energía del pensamiento.

No merece ya refutarse en serio, la idea de que la poesía es cosa trivial, pasatiempo agradable ó hermoso ropaje bueno solamente para agradar á los ojos y satisfacer la vanidad. Si esto fuese la poesía, ni el sentimiento de los pueblos habría comparado á los poetas con los dioses ni se hubieran erigido templos á la gloria del génio. No; la poesía tal y como la hemos definido es «el infatigable obrero que restablece continuamente por medio de sus creaciones el ideal divino dándole forma universal y permanente; es un nuevo lazo entre Dios y

(1) En la página 21, línea 21, dice *académico*, léase *cadencioso*.

el hombre; una misteriosa escala, por la cual asciende el espíritu humano hasta sumirse en la contemplacion de la belleza infinita.»

La poesía es, en las civilizaciones primitivas la forma del legislador y el medio de revelacion religiosa; á ella acuden los conquistadores para entusiasmar á los ejércitos, como la invocan los conquistados para enardecerse en la defensa de sus hogares y de su patria. Acompañandonos desde la cuna al sepulcro, en constante contraposicion con la vida real, eleva nuestra fantasía á la vida pura de la idea, embebiciéndonos en la contemplacion de lo infinito y de lo absoluto. Ella nos excita, de continuo, para que volvamos los ojos á las celestes regiones de la belleza y saturemos el corazon con los nobles amores que inspira la contemplacion de la Divinidad.

De aquí sus afinidades y relaciones con la ciencia y con la religion. Afinidades y relaciones que desde luego nos advierten cuán poderoso elemento es para la vida humana, para sus alegrías espirituales y para su perfeccionamiento moral.

Concluyamos. De la misma manera que no se ha descubierto un pueblo mudo ó ateo, ni en los desiertos inexplorados del Africa, en la inmensidad del Océano ó en los hielos de los círculos polares, tampoco existe pueblo falto de toda expresion poética. La poesía es una manifestacion necesaria de la vida espiritual; es la inseparable compañera del hombre. En tanto que la belleza exista y exista el hombre existirá la poesía; porque nace de la esencia misma del espíritu racional, que conociendo lo bello como idea eterna, lo ama y amándolo busca el medio de expresar su conocimiento y su amor. Y no se diga que «el desarrollo de las ciencias naturales y físico-matemáticas ha vencido á la poesía y la ha desterrado de la civilizacion presente, cuyo vigoroso cántico, es el martillo de las fraguas y el ronco grito de las locomotoras; ó que las creaciones del crisol y del horno han sustituido á las infinitas de la fantasía». Esto equivaldría á desconocer que en el hombre el desarrollo de una facultad nunca impide ni imposibilita el de las demás; ántes al contrario, la cultura de una y sus adelantos son condición del desarrollo de las otras. Cuanto más se extienda y profundice el conocimiento de la realidad, mayores serán los horizontes de la poesía y más viva y animada la creacion poética.

S. MILEGO.

EL MONASTERIO DE ARGIS.

TRADICION RUMANA.

La época en que florecio *Radul-Négru* (Rodolfo el Negro), en Valaquia, marca la reconstitucion de la nacionalidad en Rumanía. Tras las invasiones de los Bárbaros que empujaron á los habitantes de la antigua Dacia hasta los Kárpatos; cuando hubieron pasado ya como un torrente los Tártaros y Mongoles, poco á poco los refugiados de las montañas dejaron su alta cima; descendieron á su falda primero, á su pie más tarde, y fueron apoderándose de su perdido territorio como en la narracion bíblica los libertados del diluvio cuando ha pasado la cólera de Dios, vuelven de nuevo á pisar la tierra cuya ausencia lamentaban. Y del mismo modo que nuestros pequeños reinos de la Edad Media se formaban con los palmos de terreno arrebatados á los árabes invasores, *Radul-Négru* abriendo un nuevo período en la historia nebulosa de su patria, fundó en el siglo XIII el principado de Valaquia.

Y como era preciso dar gracias al Dios que tan visiblemente les protegia devolviéndoles las tierras arrebatadas á sus padres, en los cortos intervalos que sus enemigos les dejaban para ocuparse en sus asuntos interiores, los rumanos elevaban por doquiera templos que celebrasen su triunfo y llevaran á los siglos venideros el recuerdo de los siglos de lucha que los habian precedido. En la mayor parte de ellos y como un sello que acredita la fecha de su fundacion, se ven todavía viejas estatuas de *Radul-Négru* á quien representan vestido con traje talar bordado de oro y plata y ceñida la cabeza con una corona.

Todos estos edificios, como cualquier monumento de piedra en Rumanía, tienen su víctima y su historia; la primera es un sér sencillo y delicado á quien la fatalidad sacrifica; la segunda es una tierna leyenda que narrada por un aldeano durante la noche y junto al fuego del hogar, hace asomar las lágrimas á los ojos de quien la escucha. Entre estas bellas tradiciones, ninguna tan dramática ni tan conmovedora como la que tiene por asunto la fundacion del *Monasterio de Argis* situado junto al pequeño río de este nombre.

Vamos á trascibirla procurando conservar sus bellezas que son infinitas; sus encantos que no se pueden enumerar.

**

Era una mañana de primavera; el sol había dejado apenas su blando lecho de nubes y se elevaba en el horizonte, y ya *Radul-Négru* acompañado de *Manoli* y nueve albañiles compañeros suyos, caminaban en silencio por la margen del Argis. Buscaban sitio en que elevar un monasterio que cantase el poder y la magnificencia del primer príncipe de Valaquia, y *Manoli*, el más hábil arquitecto del principado, había sido elegido para llevar á cabo esta obra de arte.

No anduvieron mucho. Cuando llegaron á un

lugar apartado y sombrío en que el alma parecía querer acogerse á su Creador huyendo la soledad de la tierra, *Radul-Négru* se detuvo dejando oír un grito de satisfacción. Y después de elegir el emplazamiento del templo, dejó allí á *Manoli* y sus nueve compañeros diciéndoles:

—Elevad aquí el monasterio que juntos hemos proyectado, siguiendo en todo mis instrucciones y no me demoreis la satisfacción de verle concluido. Os daré poder y riquezas en recompensa de vuestra obra; pero hacedla en breve porque de lo contrario juro á Dios que os hago enterrar vivos en los cimientos.

Y se alejó hacia *Curte de Argis* donde había trasladado su residencia.

Manoli y sus compañeros empezaron á trabajar sin demora, llenos de fe. Ellos también querían que su obra fuese digna del nombre que se habían creado entre sus compatriotas, y complacer además á su príncipe, aquel guerrero valiente que viendo reconquistada ya su independencia quería reconstruir su nacionalidad.

Pero algún poder extraño se oponía sin duda á los deseos de los pobres artistas y extraviaba en su camino los votos que incesantemente hacía á Dios *Radul-Négru* por la terminación de su famoso monasterio. Todos los muros que construían durante el dia se venían abajo por la noche, y á la mañana siguiente veíanlos convertidos en montón de escombros.

Los desgraciados se desesperaban. Consideraban perdida su gloria por aquel funesto influjo que se oponía á la realización de sus trabajos, y además temían la venganza del príncipe que nunca les perdonaría su impotencia. Pero su temor y sus esfuerzos se estrellaban ante una causa más poderosa que su voluntad, y los días pasaban, y con ellos las esperanzas que hicieran concebir y que, como los últimos reflejos de la luz se perdían entre las sombras de la noche.

Una mañana en que se hallaban más tristes, *Manoli* se despertó sobresaltado y llamó en torno suyo á todos sus compañeros. Había tenido un sueño extraño que aun le hacía sufrir penosamente. Una voz sobrenatural le había anunciado que los muros que levantasen no tendrían solidez y se derrumbarian hasta que enterrasen viva en ellos la primera mujer, esposa ó hermana, que fuera á llevarles la comida. Obligados por la necesidad todos juraron sacrificar al ser querido á quien la suerte designase como víctima, y al tomar este acuerdo extendían su ávida mirada por la vasta llanura, el corazón desgarrado por el dolor.

Claro y brillante era el dia. El sol como un globo de fuego se levantaba en el espacio envolviendo el mundo en sus miradas de amor, y el firmamento, semejante á una inmensa sábana azul, se bañaba en aquellos rayos que le daban encanto y alegría. Los alrededores del futuro monasterio estaban solitarios; sólo el soplo del viento entre las hojas de los álamos y los abetos turbaba el silencio

que ningún otro ruido interrumpía, y *Manoli* y sus nueve compañeros, sobre las ruinas del deshecho muro elevado el dia anterior, palpitantes de horror y de esperanza á la vez, con los ojos salientes y la respiración entrecortada, interrogaban el campo que ante ellos se extendía, como si en él se fuera á pronunciar su dicha ó su condenación.

De pronto diez gritos simultáneos sonaron claros y distintos; nueve de ellos revelaban una inmensa alegría, una explosión de vida y de felicidad; el décimo triste, desgarrador, semejante al de la cuerda de un arco que se rompe dejando escapar un sonido seco y estridente. Allá, á lo lejos, como una ligera paloma, había aparecido en dirección al monasterio, la esposa de *Manoli*; de *Manoli*, que mientras sus compañeros se regocijaban, bendiciendo á Dios por su buena fortuna, se retorcía por el suelo presa de grandes convulsiones. La primera persona que había visto, condenada á una muerte horrible, era su esposa, joven, bella, y que llevaba en su vientre el fruto primero de un amor sin límites consagrado hacia poco tiempo por la iglesia. Y era él, él que tanto la amaba el que debía inmolarla sin que los ayes de la pobre víctima pudieran hallar eco en su corazón!....

Pero la fe no le abandonó un momento. Su esposa estaba lejos todavía y aun podía salvarse. Se arrodilló, cruzó sus manos fervorosamente y oró, diciendo:

—Oh Señor, Dios misericordioso; haz que se abran las cataratas del cielo, y que la lluvia al caer sobre la tierra desborde ríos y forme torrentes que obliguen á mi mujer á volver sobre sus pasos!

El viento que acariciaba su cansada frente llevó hasta Dios sus ruegos, y de repente, como si sus palabras hubieran sido una invocación, el sol se escondió tras cárdenas nubes que en un instante se formaron en el horizonte; y empezó á llover, de tal manera que el cielo parecía próximo á desplomarse sobre la tierra amedrentada. Y los ríos salieron de madre, y formaron bien pronto torrentes que inundaron la llanura. Pero la fiel esposa que llevaba de comer á su bien amado, no quiso que éste careciese del sustento que necesitaba y superando todos los obstáculos, huyendo de las aguas que por doquier la perseguían, como una ligera barquichuela que burla la furia de la tempestad, siguió, aunque lentamente, aproximándose al lugar de su perdición.

Manoli que presenciaba todo esto presa de mortal angustia cayó de hinojos nuevamente y elevó á Dios su ruego con más fervor que ántes:

—Oh, Dios, Señor misericordioso; desencadena un gran viento sobre la tierra, que tronche los álamos, conmueva las montañas, despoje de sus hojas á los abetos, y obligue á mi esposa á volver sobre sus pasos!

Y otra vez oyó Dios su oración, y sopló sobre la tierra un huracán terrible, que tronchaba los álamos y los abetos y desquiciaba las montañas, formando una escena imponente acompañada de

infernal estrépito. Pero nada pudo detener á la joven esposa que siempre pensando en el dueño de su alma burló la furia del viento como ántes la del agua y vino á caer rendida, jadeante, en los brazos de su marido que la recibió en ellos suspirando. El destino había hablado; era preciso resignarse.

Tras un breve descanso en que la pobre mujer refirió á *Manoli* todos sus sufrimientos, y á continuacion y con esa volubilidad encantadora de las mujeres, todas sus esperanzas, el infeliz arquitecto que poco á poco sentía que se le agotaban las fuerzas, dijo á su esposa poniéndola en pie junto al muro:

—Olvida cuanto ha pasado y para ello ven, y nos divertiremos un rato. Estate quieta y coopera á nuestra broma. Vamos á emparedarte.

La jóven gozosa se echó á reir y se puso en el sitio señalado batiendo las palmas. Entónces *Manoli* hacinó materiales á su alrededor y empezó á trabajar. La obra cundia, y no tardó mucho el muro en llegar á los tobillos de la desgraciada; subió más, y al ver que la llegaba á las rodillas, dejó de reir y con voz que helaba el espanto

—Oh, *Manoli!* basta de este juego que me extemece, murmuró; la pared se estrecha y opriime mi cuerpo.

Pero *Manoli* callaba y continuó edificando: el muro subió más y más: después de cubrir las rodillas de la víctima cubrió las caderas, más tarde el seno. Mientras él trabajaba ella se quejaba.

Oh, *Manoli!* basta de este juego infernal, porque voy á ser madre. El muro se cierra y mata á mi hijo; mi seno sufre y llora lágrimas de leche.

Pero *Manoli* no la oia. El muro subió más y cubrió la cabeza de su esposa; subió más aun y la cabeza desapareció, y sólo se oia dentro de la pared una voz débil como el vagido de un niño que acaba de nacer y que decia:

—*Manoli, Manoli;* el muro se cierra..... mi vida se apaga!....

Cuando terminó su tarea, el pobre arquitecto cayó desmayado al pie de la obra que á tanta costa había conseguido levantar, y que encerraba todo lo que amaba en el mundo: su mujer y su hijo. Su dolor era silencioso; el exceso de sentimiento había secado sus lágrimas. Los nueve albañiles trabajaban tambien. El hombre es egoista y aquéllos, no más perfectos que el resto de su especie, se alegraban pensando en su familia, de que otro hubiera sido el designado por la suerte para el cruelo sacrificio. Y su trabajo cundió tanto, tanto, que no tardó en alzarse sobre la márgen del Argis un monasterio severo y elegante, el más hermoso de los de su época.

Un dia *Radul-Négru* vino á presenciar los trabajos y no pudo contener un grito de satisfaccion. Los artistas habian superado sus deseos. Levantó la cabeza para hablarles y les dijo:

—Decidme, leales servidores, si podreis hacer un edificio más hermoso que éste.

Los diez amigos se inclinaron sobre sus andamios y le respondieron:—Sólo nosotros en el mundo,

alteza, podriamos levantar un edificio como el que hoy te presentamos.

Al oir estas palabras *Radul-Négru* reflexionó algunos instantes. Su orgullo no podia permitir que otro príncipe pudiese tener un templo superior al suyo y para evitarlo tomó una cruel determinacion. Mandó cortar el andamiaje sobre el cual *Manoli* y sus compañeros daban la última mano á algunos detalles de construccion. Sorprendidos los pobres artistas ensimismados en su trabajo, se sintieron de pronto lanzados al vacío, y los nueve albañiles al caer en el suelo fueron convertidos en piedras. En cuanto á *Manoli*, hasta el último momento siguió oyendo una voz que salia del muro y murmuraba, quejándose á su oido:

—*Manoli, Manoli,* el muro se cierra y mi cuerpo se opriime; mi seno se agota, y mi vida se apaga.

Y pálido, loco de terror, queriendo huir aquella voz querida, que no tenía para él un reproche, pero que destrozaba su corazon, pareciéndole que el cielo y la tierra giraban á su alrededor, el desgraciado cayó al suelo desde la altura en que se hallaba. En el sitio en que se detuvo brotó al punto una fuente de agua clara, pero amarga y salada; era agua mezclada con lágrimas amargas, cual los dolores de su vida!....

La preocupacion popular en Rumania cree que todo monumento de piedra tiene una víctima cuya muerte le ha dado la solidez que le hace resistir los ataques del tiempo. Y esta creencia está tan extendida, que aun hoy, los arquitectos rumanos colocan en los cimientos de los edificios un rosal en que han marcado la estatura, en la sombra de cualquier pasajero. Este segun la fe popular, está destinado á morir emparedado al cabo de 40 años.

E. DE OLAVARRIA.

MISCELÁNEA.

La conferencia de esta noche está á cargo del Profesor de la Academia de Infantería, D. Leopoldo Ascension, y versará sobre Astronomía. La predilección que nuestro amigo tiene hacia dicha ciencia y la capacidad, dotes y conocimientos que le reconocemos, nos hacen esperar desde luego un verdadero triunfo para el orador.

Los astrónomos franceses Sres. André y Angot, se dirigen á los Estados Unidos para observar el paso de Mercurio por delante del Sol. Llevan instrucciones de la Academia de Ciencias y una lista de estrellas australes preparada por Mr. Flammarion.

Segun leemos en el *Spectator*, los chinos que por carecer de alfabeto no pueden hacer uso del telégrafo, han adoptado el teléfono para sus comunicaciones, habiendo establecido ya una línea de más de 500 millas.

TOLEDO, 1878.

IMPRENTA Y LIBRERÍA DE FANDO É HIJO,
Comercio, 31 y Plata, 19.